

Las limitaciones de los botes salvavidas

por Douglas Gerwin

A principios de año, cuando los institutos y los colegios Waldorf dependían casi de un día para otro de los cursos *online*, escribí un artículo en el que comparaba el cambio repentino (pero necesario) del formato presencial a las plataformas online, con el salto que se da desde un crucero averiado a los botes salvavidas (consultar la edición especial del 5 de mayo de 2020 *Center & Periphery*).

Ahora, tras seis meses desde el inicio del brote de COVID-19, nos encontramos meciéndonos en el mar abierto de la educación sin poder divisar aún un puerto seguro en el horizonte. Podemos escuchar quejarse a algunos de los pasajeros de nuestros salvavidas programáticos de la pérdida de lo que disfrutaron en tiempos pasados. Sin embargo, hay otros participantes—entre los que se encuentra una generación más joven de profesores—que expresan su aprobación por esta nueva técnica pedagógica, al menos para el aprendizaje de los adultos. Algunos de ellos, incluso, se aventuran a decir que están disfrutando del viaje y que prefieren esto a lo que tenían antes.

Escucho a los profesores en formación (e incluso a algunos de mis compañeros) decir, «La división en pequeños grupos hace más fácil la participación en los debates de clase»; o «Valoro mucho la comodidad de estudiar desde mi propia casa»; o «Me estoy ahorrando un pastón». El verano pasado, me soltó un becario en un momento de frustración: «¡Los viejos solo os quejáis porque no sois capaces de familiarizaros con las plataformas online!» Para resumir este punto de vista—haciendo alusión a un asunto candente en la política que se ha escuchado mucho a principios de año—el mensaje que se transmite a aquellos que se niegan a cambiar a las clases *online* es: Aguántate

Voy a dejar a un lado, por el momento, los pros y los contras de las clases *online* para niños y adolescentes, y me voy a centrar en la enseñanza y el aprendizaje de los adultos. Para muchos de ellos, las ventajas del aprendizaje online son innegables. Normalmente, los que se apuntan a este tipo de programa lo consideran:

-
- ◆ Menos caro – en la matrícula, pero también en costes asociados como el transporte, el alojamiento y la comida, la guardería
 - ◆ Más cómodo – porque se puede hacer desde la comodidad del hogar
 - ◆ Más accesible – por las razones anteriormente mencionadas y, porque te puedes conectar desde cualquier lugar
 - ◆ Más breve – por necesidad, porque el medio requiere una concentración y una atención sin moverse del sitio que solo se puede mantener durante cortos periodos de tiempo
 - ◆ Más eficiente – porque en una única clase puedes acceder a infinidad de páginas web suplementarias, *Google folders*, videos y otros recursos
 - ◆ Más actualizado – dada su eficiencia
 - ◆ Con mayor participación en los debates – por ejemplo, al fomentar los grupos más pequeños y otras herramientas de las plataformas *online*
 - ◆ Mayor conectividad a más usuarios – podrás conectarte con estudiantes de cualquier cultura y huso horario (suponiendo que no te importe asistir a clase durante la noche)
 - ◆ Más seguro – tanto en lo referente a riesgos de salud físicos como en lo relacionado con la protección contra el malestar social
- ◆ Facilidad para recuperar una clase que has perdido (o una frase) – icon tan solo hacer *click* en la grabación y repetir!
 - ◆ Facilidad para cargar con la responsabilidad a los profesores – las grabaciones son testigos fiables en el caso de que haya una queja
 - ◆ Más personalizado (siempre que se grabe) – puedes elegir el ritmo al que aprendes así que, ¿por qué no elegir los institutos Waldorf, si muchos de ellos han demostrado tener mucha facilidad para amoldarse a este medio, apresurándose para adaptar completamente sus programas a los servicios *online*? Existen muchas respuestas posibles a esta pregunta tan directa, empezando por las más obvias como son la diferencia existente entre aprender codo con codo o aprender en aislamiento. Piensa solo en el valor que tiene cantar o recitar en coro, algo que es físicamente imposible de adaptar y que, en el mejor de los casos, se puede simular mediante la síntesis electrónica de sonidos. A continuación, se exponen algunas otras reflexiones menos comunes:
 - ◆ Los dispositivos digitales nos entran principalmente por el ojo y, en menor medida, por el oído. Sin embargo, nos referimos a la pedagogía Waldorf como
-

una experiencia completa que abarca hasta 12 sentidos. Por poner un ejemplo: la pedagogía Waldorf depende mucho del sentido propioceptivo (también llamado «sentido del movimiento corporal» para profundizar en el conocimiento de los principios más abstractos. En uno de nuestros cursos sobre las relaciones de cooperación, se extrajeron ejercicios de movimiento del repertorio de la «euritmia en el lugar de trabajo» para entender cómo funcionan las organizaciones sociales—o dejan de funcionar—de un modo sano y coherente. Está claro que se pueden hacer ejercicios de movimiento *online*, pero son menos comunes y es interesante señalar que suelen requerir que los participantes se alejen—inclusive que se salgan del ángulo de la cámara—para realizarlos.

♦ Asimismo, la tecnología digital trabaja principalmente con el sistema nervioso y, al hacerlo, se centra fundamentalmente en nuestras habilidades cognitivas e intelectuales. Sin embargo, un ser humano sano y en su plenitud está dotado de diez sentidos corporales y, en el mejor de los casos, la pedagogía Waldorf los desarrolla todos – de una forma más evidente la capacidad de sentir mediante la respiración y la circulación (corazón y pulmón) y, las habilidades de voluntad y transformación simbolizadas en el sistema digestivo (lo llamamos “digestión” del aprendizaje). La tecnología digital hace

más bien lo contrario porque tiende a reducir las funciones del corazón y de los pulmones (las respiración, por ejemplo, se vuelve más torácica o superficial durante los periodos largos de actividad frente a una pantalla) e incluso, puede suprimir la actividad intestinal por debajo del diafragma. (Fíjate en los jugadores de videojuegos que le dedican horas a este medio sin tener hambre, ni sentir la necesidad de ir al baño.)

♦ Los estudios han demostrado que casi el 90 por ciento de nuestra comunicación se produce de otras formas además de a través del lenguaje. Con ayuda de los gestos, la postura, la entonación, las expresiones faciales y la mera presencia física podemos transmitir mucho más de lo que el medio visual y auditivo de la tecnología digital puede capturar. Considerando esto, enseñamos—a la vez que aprendemos—con todo nuestro cuerpo como un instrumento de 10 cuerdas aunque nueve de estas 10 «cuerdas» están silenciadas en el discurso digital. La mayoría de las veces, empeoramos esta limitación al centrar las cámaras en nuestras «cabezas parlantes». Reducimos nuestra apariencia a las características faciales al igual que hacían los Antiguos Romanos, que crearon una nueva escultura que consistía en un busto sin cuerpo.

◆ No se debe confundir *educación* con *enseñanza*. Hay una buena razón por la que decimos «Educación Waldorf,» en lugar de «Enseñanza Waldorf.» Esta última implica transmitir información de un lado (profesor) a otro (alumno). La tecnología digital es un medio estupendo para la enseñanza. En cambio, la educación (tal y como sugiere su etimología latina) implica que un profesor motive al alumno a sacar algo que ya está ahí, aunque adormecido. Como si cantase acompañado de un piano, la nota que produce el profesor pone en movimiento las cuerdas correspondientes en la caja de resonancia mental y emocional del alumno, que a veces llamamos «cuerdas del corazón». Esto es difícil, incluso imposible de conseguir, mediante la distancia que supone el medio digital, y esta es la clave para poner en práctica la educación Waldorf. Como dijo una vez un alumno de educación secundaria al que entrevisté, «¡Lo pillo: la educación Waldorf es un proceso de *extracción* de los conocimientos de los estudiantes más que un proceso para infundirles el conocimiento del profesor!»

En resumen, la cuestión de la enseñanza *online* depende mucho de su indudable comodidad, eficiencia, rapidez, ahorro y accesibilidad. Independientemente de lo valiosas que son estas consideraciones en cuestión de enseñanza, estas no deben ser factores decisivos cuando se

trata de educación. Por su propósito, la educación es *in-cómoda*, *in-eficiente*, lenta (la propia palabra «escuela» se remonta a una palabra latina que significa «tranquilidad»), cara y, sí, restrictiva, en el sentido de que presupone prerequisites, experiencias previas o credenciales. No se debe confundir el *acceso a la educación*—justa y libre, un derecho humano—con la *accesibilidad a la educación* que, como todo aspirante sabe, tiene que ganarse, no está garantizada.

Desde luego, podemos suponer—es más, deberíamos exigir—que ciertos aspectos del aprendizaje *online* se abrirán camino en cualesquiera que sean las nuevas embarcaciones de la educación que aún no somos capaces de concebir y que, al final, las construiremos en un futuro post-pandémico. De hecho, sería una desgracia volver a los antiguos métodos de aprendizaje y hacer oídos sordos a la llamada actual de la innovación radical y de la transformación genuina de las prácticas y de las estructuras pedagógicas en nuevas formas que aún no somos capaces de imaginar. Pero adoptar formatos digitales *online* como el modelo principal de aprendizaje no hará otra cosa que empobrecer la educación hasta reducirla a algo más que mera instrucción. Sería como modificar los botes salvavidas para convertirlos en casas flotantes semipermanentes.

Sin duda, los botes salvavidas proporcionan un servicio temporal de valor incalculable en tiempos de crisis como la que estamos experimentando en la actualidad. Como su propio nombre indica, un bote salvavidas está diseñado para salvar vidas, pero no está preparado para mejorarlas. Para ello, necesitamos una embarcación pedagógica—un centro neurálgico educativo—dotado de un entorno cultural y social mucho más rico, centrado en el ser humano. Los botes salvavidas no llegan a ser buenas casas flotantes.

DOUGLAS GERWIN, Doctor en Filosofía (PhD), es Director Ejecutivo del Instituto de Investigación para la Educación Waldorf (RIWE, por sus siglas en inglés), Director Ejecutivo del Centro de Antroposofía (CfA, por sus siglas en inglés), y el fundador del Programa de Formación Waldorf para Profesores de Secundaria (WHISTEP, por sus siglas en inglés). Además, Douglas es profesor invitado de secundaria de biología, historia, literatura, y música. Es profesor y mentor de escuelas Waldorf de secundaria en toda Norteamérica, y profesor adjunto en la Universidad Antioch de Nueva Inglaterra.

Traducción al español dentro del proyecto PerMundo para la traducción gratuita de páginas web y documentos para ONG y asociaciones sin ánimo de lucro. Proyecto dirigido por Mondo Agit. Traductor: Beatriz Pascual Cabrera
